

Antonio Pereira, el otro fundador del mundo

Juan Carlos Mestre

Al principio se creyó que Antonio Pereira, mi querido maestro, el poeta turbador y melancólico de El Regreso, era el heterónimo colectivo de un pueblo, la voz, secreta y prodigiosa de un contador de fábulas que hacía posible en cada poema, en cada relato del país de la niebla, el milagro de una resurrección. Hablaba en él, portavoz unánime del espíritu del valle, un coro colectivo de voces que no se resignaban a la melancolía del olvido, algo así como el ruido de las caravanas que al cruzar la tierra fronteriza de los contrabandistas levantaban en su escritura el campamento moral de la resistencia sobre los páramos de la memoria.

Se creyó al principio que Antonio Pereira era, como en la leyenda lusitana de los sebastianistas, el anunciado, aquel al que las gentes esperaban oír, más allá del tiempo un breve como remoto de las generaciones, en la personificación coral del más hermoso de los mitos: el que hace de un hombre el paradigma de todos los hombres, vértigo y laurel de una estatua civil en cuyo dibujo de figura está representada la hebra de eternidad que nos libraré un día del memento mori, del tiempo cernudiano en que las cosas y las gentes envejecen, ese día inexistente pero exacto en que la voz del oráculo devolverá la fe y la esperanza a los oscuros caminantes que atravesaron un siglo para entrar sin edad, culpables solo de alegría, en la iluminada libertad de otro.

Todo eso se creyó al principio, cuando yo era algo así como un muchacho que lloraba ante la pantalla maravillosa de los cines, y él, Antonio Pereira, era ya el memorable contador de historias empeñado en devolver a un pueblo su derecho a ser raro en la sonrisa de los contemplativos, diferente en la parsimonia de los enfáticos entre las otras tribus dignas de la tierra. Yo no sé si él sabe que en aquel lejano párrafo de su vida, la caligrafía del destino lo había elegido ya como patriarca, como voz oracular de un pensamiento de multitudes, el fundador prodigioso de un lenguaje hasta entonces secreto que sólo conocían los iniciados bebedores del crepúsculo, los lánguidos parroquianos del misterio, los que hablan en pájaros y saben que todo esto no es más que un bello pero infeliz tránsito hacia las estrellas. Así comenzó la travesía, y así apenas unos instantes después en la historia del universo, estamos hoy concelebrando en la profecía el advenimiento de quien ha entrado con palabras descalzas y la humilde bondad de los pocos que han sabido hacerlo sin hacer ruido, en el territorio del mito, del hablador de las escrituras del hombre único que es Antonio Pereira para todos nosotros.

Yo hablo, evidentemente, con palabras emocionadas de una emoción a la que le debo todo. He sido desobediente y oscuro, pero me aplicado en sus enseñanzas con la pasión de los que saben que no existe otra obligación de más alta luz que la de guardar y hacer guardar la casa del padre frente a los huéspedes menesterosos de la usura. Dicho esto, diré lo otro. A nadie voy a privar yo de acudir a las fuentes originales que han leído con lucidez el pensamiento del poeta, narrador y novelista Antonio Pereira: no me corresponde a mí hacer paráfrasis críticas de las reflexiones iluminadoras que sobre su obra hicieron ejemplarmente en su momento voces tan autorizadas como Gerardo Diego, Ricardo Gullón o Antonio Gamoneda, por citar solo a los abanderados de la lista de la sabiduría y no hacer interminable los que son legión en la de la inteligencia. Acuda, pues, el devoto a los templos de la bibliografía si es que quiere ahondar en el conocimiento de los ríos secretos que desembocan en esta tinta imantada por el rito mágico de la fundación de un mundo.

Nada puedo decir yo sin sentir esa ligera vergüenza del nadador que no alcanza la orilla, que no haya sido fijado ya en las hojas perennes del discurso teórico y académico que con rigurosa atención se ha venido ocupando de la obra de Antonio Pereira. Ahora bien, lo prudente no quita lo evidente, es decir, lo que se creyó al principio, el don de Antonio Pereira para ir arrancándole palabras al vacío, materiales rozados por la necesidad de lo útil, como el sembrador de lenguajes que va arrojando a la intemperie los vilanos de los que brotará un día la emoción de todos los hombres. El oficio de Antonio Pereira, los oficios de la seda y el hierro, han encontrado en él la hebra del orfebre que en la alta noche de los sueños enhebra la realidad con su deseo, la conciencia con su individuo, la raíz del árbol de los dignos con la epopeya de los que cruzan, intactos de memoria, el puente de las oscuras metáforas del otoño. No sé si me entiende, pero lo que yo he entendido de las páginas de Antonio Pereira es la voluntad de resistir la muerte, de detener el tiempo, de decirle a la esquiva que no es este el lugar para su silencio, y que aquí, alrededor de la hoguera de los antepasados, el último descendiente de las herrerías y los dialectos, con las herramientas del fuego y del sonido, ha levantado un recinto para los prófugos del amanecer, una ciudad regida por las leves de los meteoros, la vecindad solidaria de las noches, la fraternidad en el dolor, la cómplice ironía de esos dioses que deambulan por las provincias del cielo sin darse cuenta que están hechos a imagen y semejanza de los hombres que cruzan los puentes del amanecer y los celestes caborcos de la juglaría.

Al principio se creyó que Antonio Pereira era un contador de historias, vamos lo que se llama, en la realidad de la imaginación, un novelista. Eso se dijo, y yo lo oí muchas veces. Muchos lo creyeron, yo también lo creí, y así lo repitieron los profesores y las páginas de los periódicos y hasta los inmortales de la Academia poco dados a escuchar rumores. De tal manera se extendió la fábula que ya no hubo modo de desdecir el cuento. Pero créanme ustedes que la verdad es otra. Nada tiene que ver la

literatura de Antonio Pereira con el espacio mítico del Noroeste; ni en uno solo de sus relatos hay el más mínimo eco de la realidad sublimada o transcendida de esas tierras mágicas y fronterizas con el misterio. Nadie podrá encontrar jamás entre el censo universal de los singulares un solo personaje de la realidad que le haya servido de prototipo para construir la trama del misterio civil de sus historias. Ni énfasis, ni protocolos, ni erotismos diocesanos, lo que Antonio Pereira nos ha contado no guarda relación alguna de continuidad con el paisaje real de la vivencia. Si pudiera, si Pereira me dejara, negaría rotundamente toda voluntad de testificación, de mimesis notarial de lo maravillosos, de albacea espiritual de los prodigios de la sencillez que puedan atribuírsele a su obra. La poética de Antonio Pereira no recrea una cosmovisión rural del mundo, ni es el brillante espejo en el que se reflejan los últimos supervivientes del racionalismo, esos seres entrañables e indóciles que aparecen rodeados por el aura de la melancolía en sus milagros de siete líneas o catorce páginas.

Lo cotidiano en Pereira no es lo cotidiano que conocemos, no es la sed ante la fuente que intuimos. Y ha llegado el momento de decirlo, de decírselo incluso a él, irreductible en la vocación de la modestia, del regreso permanente a los orígenes, a la raya fronteriza de un horizonte trazado por el resplandor de los relámpagos, páginas de la tormenta conmovedora del ser humano enfrentado a la iluminación, al lugar hasta entonces baldío sobre el que han llovido desde un principio todas las palabras del primer escritor de nuestra tribu.

Intentaré añadir algo de claridad, no mucha para que no nos envenene la luz este sermón. Antes de Antonio Pereira éramos prehistoria, una lánguida beatitud de anacoretas y poetas pusilánimes perseguidos por el fantasma lírico de la tuberculosis. Antes de Antonio Pereira éramos soneto decimonónico y pareado eclesiástico, hojas penúltimas del almanaque que terminó con el siglo de la tisis y las aromadas especias de las colonias. La modernidad, como el humo de los trenes, se evaporaba en los andenes de una estética sin otra misericordia que el lacrimatorio del romanticismo, amarrada al madero de la contrición, es decir, en el temor al viejo orden de la retórica, en la obediencia a las preceptivas que obligaban al pintoresquismo naturalista de las viejas flautas líricas, o sea, el inmutable estereotipo de los fantasmas atrapados en la tela de araña del obscuro realismo rural, la poesía figurativa y otras gaitas sin fuelle. No había otra herencia. Si exceptuamos la casualidad viajera de Gil y Carrasco, sobra todo lo demás en el anaquel vacío de los inventarios. Así que Antonio Pereira, y esto es en realidad lo que yo venía, sin su venia, a decir esta noche, decidió inventar a Antonio Pereira, o mejor dicho, Antonio Pereira invento a Antonio Pereira, que no es lo mismo. Entre uno y otro cabe el raro mito de dos personas distintas y un solo Antonio Pereira verdadero, el escribidor que se inventa a sí mismo y para no sentirse solo construye una casa, traza una calle, da nombre a un pueblo, lo rodea de aldeas y geografía, lo convierte en país, hace llegar a él, desde lo remoto de la memoria, gentes

oriundas de una república benévola, ánimas para habitar los transitorios huéspedes de la materia. Luego hará brotar melancólicos animales en las callejas, la lengua de los árboles y el sonido de los ríos, el aire de los dialectos del monte. Y hablarán y se amarán bajo las estrellas como si hubieran existido los recién nombrados al calor del agua de la vida. Y les dará sus dioses, y una fe ciega en la dignidad de ser personas, la conciencia de ser libres, ciudadanos con derecho a la atmósfera de los sueños, a la nostalgia del Paraíso, a la sombra secreta de las estatuas. Eso ha hecho Antonio Pereira, inventar un mundo, sentir la felicidad del creador ante la peripecia de sus criaturas: los amantes perfectos en el nácar del pudor, las oscuras beatas que murmuran en el resplandor tras los visillos del anochecer, los obispos jubilados de la confianza divina, ciclistas y viajeros de comercio, barberos y músicos de cuerda, los aparecidos en la fugacidad del milagro, los solventes y los linotipistas de las esquelas, las monjas que bordan la vainica de los versículos y se desangran pálidamente ante la quimera de los maitines del alba, los notarios que registran la propiedad de los suelos, la violinista de Bratislava que hace arder el corazón de los que andan metidos en pleitos, el escultor del agua de los ríos, él poeta ceremonioso y los fabricantes de madreñas, los revisores con gorra de contra maestros, los creyentes en el deber para con las señoritas, azules y entrañables habitantes de un paraíso terrenal donde no existe la culpa ni el castigo, sino la mirada redentora de la bondad humana, de la diferencia como derecho esencial del prójimo, del otro que somos nosotros mismos al mirarnos en las páginas cómplices que Antonio Pereira ha escrito para la historia universal de la literatura y la tolerancia.

Al principio se creyó que Antonio Pereira había venido a dar testimonio de la historia hermosa e interminable de esos hombres y mujeres que ahora todos conocemos. Por eso fue el principio, ahora a todos nos asiste la certeza de que fue él quien inventó este mundo, que los habitantes de las ciudades del poniente han nacido de la tinta irreplicable de sus sueños, y que las gentes de la realidad, los enormes y minúsculos sucesos cotidianos que su impaciente pasión obligan, únicamente han ocurrido en el territorio imaginario del geógrafo Antonio Pereira, el fundador de un territorio mítico que las gentes, los pobladores de estos valles, han asumido como único lugar verosímil de existencia. Hoy todo el mundo sabe que a cuatro pasos de aquí, si estuviéramos en Londres o en Berlín, también estaríamos a cuatro pasos de ese sitio, lo que existe, ficción historia y laberinto, ha sido inventado por Pereira, lugar de corazón nublado por donde anda la asonancia buscándole sentido a la utopía de la melancolía, ciudad donde los parroquianos, los eternos bebedores del atardecer, los interminables con vocación de estatua, hablan como mandó hablar Antonio Pereira, se aman de acuerdo a los preceptos del erotismo diocesano escritos sobre las chapas de bronce de la ironía celeste, viven y se desasosiegan y vuelven a sosegar según se supone Antonio Pereira aconsejó vivir y desasosegarse y volverse a sosegar. Hay ríos detenidos esperando el visto bueno, quietos ahí en su pensamiento, en la víspera de su escritura para ser corriente continua del agua que recuerde a los pueblos cual es su

cicatriz bajo los mapas de las inmensas bóvedas celestes. A este hombre le han obedecido las estaciones, y los pararrayos y hasta las piedras de los caminos se han apartado para dejarlo pasar. A este hombre, es decir a Antonio Pereira, le obedece la memoria colectiva de un pueblo, él lo ha fundado, él es el conquistador benévolo de un nuevo mundo donde no existe el tiempo de la muerte ni la hierba mediocre que crece en las ruinas de la desposesión.

Dicen por ahí, alguien anda diciendo que en la Umbría italiana, y en la Antofagasta desértica, y en los altos ojos del Nepal ha habido también fundaciones. El creador del universo es incansable, de la estilográfica de Antonio Pereira fluye la tinta de lo que seremos, y ante ese fervor no le queda a la realidad otro destino que el de obedecer; a la naturaleza otra opción que la de imitar al arte; a nosotros, sus criaturas, seguir, continuar leyendo en sus páginas el diario de la analogía, el guion exacto que ha trazado para que no haya olvido el patriarca de nuestro futuro, el mago de la tribu, el más necesario en el orden de lo imprescindible, no en vano de él la luz, la conversación de las esferas, la mano del ángel que ha abierto la cancilla en la jaula de nuestra epopeya.

Termino donde debía de haber comenzado, creo hablar por todos los jóvenes escritores que en estos espacios invisibles de la realidad, hemos vivido apasionadamente la aventura de arrancar alguna palabra hermosa al tedio de la contemplación; pero también por aquellos que jamás escribirán una línea, por los que no han hecho otra cosa que andar entre libros devorados por el ácaro erudito de la tipografía, y por aquellos que no han necesitado leer un página; para reconocer que su vida está trazada entre las paralelas de los renglones. Hablo por los ojos de los analfabetos que no pudieron leer esta historia, por los ojos de aquellos que todavía no han nacido pero cuya historia ya está escrita en la memoria imaginaria del futuro. Yo no he venido aquí a descubrir nada que no fuese va evidente, sino a certificar el homenaje, el respeto y la gratitud que muchos más de los que aquí estamos esta noche debemos al amigo, al maestro, al perpetuo alcalde de las ciudades de Poniente, Antonio Pereira, fundador de una estética que hoy es el referente moral y ético de los dignos ciudadanos que habitan las aldeas de la escritura. Después de leer a Pereira ya nadie volverá a ser el mismo. Que más puede pedírsele a la obra de un escritor, sino el vértigo de aquel que al cerrar la puerta blanca de una página oye en su alcoba interior la voz desdoblada del otro que siempre, en la intuición, ha imaginado ser. Lo decía Quiñones de Benavente, y lo repite ahora el lector devoto: Yo soy un hombre señores, porque no puedo ser dos, yo soy un hombre, en efecto, válgame Dios, ¿quién soy yo? Lo dicho, criaturas de Antonio Pereira, convecinos de sus ciudades del Poniente. Que así sea, por los siglos de los siglos, también.

Nota.- El presente texto recoge en su literalidad la intervención del poeta Juan Carlos Mestre durante la presentación del libro Antonio Pereira "Las ciudades de Poniente" (Premio de Narrativa Torrente Ballester, editado por Anaya-Mario Muchnik. Madrid. 1994) y que organizada por la revista La Comarca se realizó en la Librería-Galería SIENA de Ponferrada en la tarde del 10 de marzo de 1995